

Por Mario Arteca\*

## CALLEMOS AL MENOS POR UNA TEMPORADA

1.

La cuestión de la libertad es una gran pregunta filosófica por antonomasia. No es la única que se podría formular, pero sí a la cual más rápidamente cualquier persona le echaría mano. Aclaremos que no hace falta estar recluido por cuestiones jurídico-penales, o jurídico-mentales, sin que se pueda abordar el tema por sí mismo siendo, en apariencia, un sujeto libre. Y en los tiempos que corren ese interrogante se amplifica y transforma a la velocidad de la propagación de un desobediente virus. Existen varias maneras de intervenir sobre el tema, y de algún modo, trataremos de ser específicos.

Los primero que debiera decirse es que la libertad es un territorio, uno que aparece cuando menos lo estábamos buscando. Esto significa, en principio, que la idea de libertad es una experiencia donada por el acontecimiento traumático del nacimiento; por consiguiente, todas las personas nacemos libres. Esto, que rebota sin dudas en el más *original* derecho de los individuos, conduce a los sujetos a moverse como propiedad de sí mismos.

**El “individualismo”, como noción política, podría definirse de esa manera: una posesión sin contexto de territorio. En ese sentido, el confinamiento, aislamiento, cuarentena, o como se lo quiera denominar al fenómeno de la a pariencia de “no decidir” sobre sus propios movimientos, de alguna manera problematiza la idea de libertad en el sentido de conquista voluntaria del ser como estatuto subjetivo e indivisible.**

Era Jacques Derrida quien se preguntaba sobre que “no es seguro que queramos ser libres”. Lo decía en función de que la libertad está vinculada a la esperanza, como si cualquier criatura deseara, por encima de todo, ser libre. Y sentirse libre, en el sentido que lo dice el argelino, es estar *desapegado*. Esta categoría está haciendo su recorrido en este momento, tanto en lo físico, como en lo mental, en cada persona que cumple el aislamiento, incluso en los que no lo suscriben con la eficacia del caso. Porque se puede estar *desapegado*, pero también requerir estar *ligado*,

adherido a algo que no fuese sólo físico, sino también inmaterial. Un escritor podría decir que tiene más tiempo para “pensar” y relacionarse con su trabajo; los que buscaban el ocio, estarían viviendo una especie de “paraíso” con forma de tiempo completo, y los burócratas, atravesarían un purgatorio entre la pesadilla y el beneficio momentáneo que les ofrece la catástrofe virósica, ante el impedimento de salir a la calle.

2.

Pero también surgen otras variantes: 1) La libertad, como contracara del confinamiento, se convierte en tiempo estirado (bergsoniano) desde un sistema interno de percepciones que se agota a las pocas horas de entablar comercio consigo mismo; 2) El confinamiento también puede entenderse como un espacio de libertad del sujeto, que se presenta como objeto de una reinterpretación por fuera de las relaciones laborales, amorosas y familiares, sin que medie una elección, o un proceso volitivo; 3) Por otra parte, el sujeto puede conformarse (en todo el sentido del término) como individuo que decide desde el encierro, una forma de monarca perpetuo que asimila sus decisiones, o la falta de ellas, a su capacidad de elegir, lo que promueve una consagración una particular alegoría de la libre condición de ciudadano del mundo, pero con mundo propio, ajeno al afuera; 4) Este punto último, tal vez, apunte a los efectos de la falta de libertad como único obstáculo real para lograr una comunicación con el otro. Allí interviene lo noción de lo gregario como un agente exógeno, al que se lo percibe como un *dejá-vu* que incomoda por negación de presencia.

3.

Desde el inicio de la cuarentena circulaba una noción anticipada de que se saldría de la misma bajo el régimen de una sociedad mejor, más plural, gregaria y constitutiva de un orden distributivo, en función de los pesares que el capitalismo dejó regado antes que llegara la pandemia. Esa peste invisible, así, vendría a sacar el velo de la injusticia de un sistema cuya muerte

fue anunciada en varias oportunidades. Pero el virus no tiene una misión determinada, salvo el de colonizar cuerpos inmuno-depresivos y multiplicarse sin control de calidad y clase. Es decir, se aguardaba que la palmaria exhibición de las consecuencias de la desatención total del hombre por parte de un sistema de poder previo a la pandemia (lo cual es real: la pobreza y la desigualdad son estandartes de esa desaprensión del sistema) originaría la “toma de consciencia” de un mecanismo que no sólo es abstracto para el sujeto, sino que es objeto de severas secuelas físicas para todas las personas. Lo que el aislamiento por prevención está logrando es que la pandemia no sólo triture la vida de la gente, sino que la improductividad, de carácter económico y, sobre todo, vital, sea un virus que se instalara para producir en los hombres una fragilidad que no estaba en el calendario de las calamidades. Si las pequeñas y grandes empresas pesan por kilo sus pérdidas, a raíz de esta situación, y por la evidente falta de mano de obra en sus negocios, es que siempre se eludió una parte fundamental del sistema que es el empleo formal y los derechos de las personas a una ocupación segura. Hay varias fases en esta cuarentena, que no necesariamente se pueden describir como “sanitarias”, sino que estas etapas, o prioridades, van mutando permanentemente y por momentos tornan hacia aquellos lugares donde están adheridos los derechos de las personas a sentirse reconocidos, más allá de su libertad circunstancial. De esta manera, la crisis sanitaria deviene en crisis del sujeto, que se ve imposibilitado de resolver qué hacer con su vida cuando su vida es enteramente suya, de acuerdo al tiempo disponible. Lo que ocurre, al parecer, es que la falta de toma de nuevos e hipotéticos vínculos provoca un océano de preguntas sin responder, básicamente porque esa respuesta requiere de otro que no está, aunque cada individuo transcurra el virtual encierro en familia, con un animal, o en muchos casos, solo.

**No se trata de estar rodeado, porque el alrededor, tal cual lo conocíamos, se modificó como si plegáramos una hoja de papel hasta dejarla a su mínima expresión. El encierro pone en estado de pregunta el interrogante sobre qué hacemos con el tiempo, y para qué queremos la libertad,**

que nos fue donada cuando creíamos que era parte de nuestro patrimonio por interpósita herencia. En este contexto, todo se achica mientras se agranda aquel “invitado sorpresa”, muchas veces despreciado, y que lleva el extraño nombre de “Estado”, al que siempre se recurre por dominio de ausencia.

En ese sentido, pensar el después, en la posterioridad de la pandemia, es parte de una revisión profunda que requiere salirse de la categoría de *soberanía* como acto único de reivindicación del yo, como si el sujeto experimentara por sí mismo la intencionalidad autónoma de reinventarse sin sociedad que lo relacione, una especie de criatura que necesita nada más que de su voluntad egológica y autoconsciente, y donde el antídoto ante la soledad parece estar a nuestro alcance sólo por que necesitamos pensarlo de esa manera,

\*Poeta y periodista, nacido en la ciudad de La Plata. Publicó, entre otros libros, *Guatambú Tzé-Tzé* (2003), *La impresión de un folleto*, *Siesta* (2003), *Cuando salí de La Plata*, *Cilc* (2009) Brasil, *Nuevas impresiones*, *La calabaza del diablo*, (2009) Chile, *La orquesta de bronce. Poemas ex-yugoeslavos*, *Goles Rosas* (2010), *El pronóstico de oscuridad*, *Bajo la luna* (2013), *Hotel Babel*, Añoluz Editora (2014), *Piazza Navona*, 27pulqui / Vox (2014), *Noticias de la belle époque*, *Club Hem* (2015), *Deje un mensaje después del tono*, La comuna ediciones (2019). Fue traducido al portugués, inglés, alemán y francés.